

Pensamiento crítico y lectura, o cómo revivir a los nuevos zombis

MariCarmen González-Videgaray

PROFESORA TITULAR DE LA FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES ACATLÁN
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO,
Correo electrónico: mcgv@unam.mx

Jesús Heraclio del Río Martínez

COORDINADOR DE APOYO A LA INVESTIGACIÓN
UNIVERSIDAD ANÁHUAC MÉXICO NORTE
Correo electrónico: jdelrio@anahuac.mx



RESUMEN

La vida intelectual intensa en la juventud es una de las mejores formas de garantizar que la edad adulta y la vejez sean sanas y plenas. A su vez, la vida intelectual intensa implica la práctica cotidiana del pensamiento crítico, a través de un ejercicio consciente y voluntario, distinto del cauce natural de las actividades cognoscitivas. Al igual que el ejercicio físico, esto requiere de un esfuerzo adicional y un reto. Por ello, en este artículo exploramos la importancia del lenguaje como elemento básico de construcción del pensamiento crítico, así como algunas posibilidades de desarrollar habilidades verbales a través de la lectura y la escritura. Todo esto considerando el nuevo entorno constituido por las redes sociales y los dispositivos tecnológicos.

Palabras clave: lenguaje, habilidades de orden superior, metacognición, voluntad, escritura.

ABSTRACT

Intellectual life during youth is one of the best ways to ensure that adulthood and old age are healthy and fulfilling. In turn, this implies daily practice of critical thinking through a conscious and voluntary exercise, distinct from the natural course of cognitive activities. Like physical exercise, this requires extra effort and challenge. Therefore, in this article we explore the importance of language as the basic building element of critical thinking, as well as some opportunities for developing oral skills through reading and writing. All this considering our current environment consists of social networks and technological devices.

Key words: language, higher order skills, metacognition, will, writing.

Una vida intelectual intensa para los jóvenes

En el famoso “estudio de las monjas” (Snowdon y Roberts, 1997), los autores concluyen que una de las mejores formas de evitar la terrible enfermedad de Alzheimer en edades avanzadas es tener una vida intelectual intensa en la juventud. Así pues, por verdadera salud mental, todo joven debería considerar

con seriedad la importancia de ejercitarse intelectualmente de manera continua desde las edades más tempranas. La pregunta es: ¿en qué consiste tener una *vida intelectual intensa*?

Podríamos considerar que un deportista de alto rendimiento tiene una vida física intensa. Cuida sus hábitos, su alimentación y duerme bien. Se ejercita

con esfuerzo y disciplina. Practica su deporte favorito de manera sistemática y está atento a las competencias locales, nacionales e internacionales relacionadas con su disciplina. Aprende las reglas y se documenta acerca de las biografías de los mayores exponentes. Este conocimiento es imprescindible para que logre ser un deportista exitoso. Pero, además, estas actividades las hace con entusiasmo y placer.

En otro orden de ideas, un joven también puede tener una vida social intensa. Tendrá muchos amigos con quienes comparte su tiempo y los mejores momentos. Participará en eventos sociales y procurará no faltar a los que le parezcan más importantes. Posiblemente sacrificará otras actividades para atender de modo adecuado su vida social. Leerá los *tweets*, muros y escritos de sus amigos cercanos o lejanos. Escribirá en sus biografías. Estará atento a enviar mensajes por celular y se preocupará por dar clic en “me gusta” sobre las notificaciones de sus amistades. Y al igual que sucede con el deportista, estas acciones le resultarán atractivas y disfrutables.

Entonces, ¿cómo podríamos imaginar a un joven cuya vida intelectual es intensa? Tal vez la primera imagen que acuda a nuestra mente sea la del típico *nerd*, “ñoño” o “matado”. Un chico que estudia mucho obtiene buenas calificaciones, se “porta bien” y cumple con todas las indicaciones que se le dan en la escuela. Por supuesto, esta imagen corresponde a un estereotipo social y no implica, en modo alguno, que nuestro joven tenga una vida intelectual intensa ni, mucho menos, que desarrolle un pensamiento crítico. De hecho, posiblemente algunas de estas actitudes pudieran sugerir, incluso, una falta de este tipo de pensamiento, ya que sugieren la aceptación acrítica de situaciones.

Para Cornbleth (1985), el *pensamiento crítico* es esencialmente una actitud en que la persona adopta un escepticismo informado y realiza una búsqueda activa de la verdad. Esto contrasta con la tradicional aceptación pasiva sobre lo que indique un personaje investido de autoridad, como suele ser un profesor. El pensador crítico no es conformista: trabaja, es activo, se hace y formula preguntas, compara, pondera, razona. Pone en tela de juicio las conclusiones,

definiciones, creencias y acciones que otros suelen tomar como válidas por inercia.

Según Robert Ennis (2011), el pensamiento crítico es definido como “el pensamiento reflexivo y razonable que se enfoca en decidir qué creer o qué hacer”. Nuevamente, podemos observar en esta acepción que este tipo de pensamiento implica una actitud proactiva, dirigida a conformar un sistema de creencias propio, fundamentado y razonado. No se trata de estudiar por estudiar, leer por leer, tomar clase por tomar clase. Mucho menos de seguir instrucciones de manera automática e irreflexiva. Es mucho más parecido a lo que hace el deportista entusiasta o el joven con amplia vida social. Es una actividad intencional, realizada con metas conscientes y claras.

Para Ziman (1980), conocimiento, imaginación y sentido crítico son tres cualidades que una mente creativa debe poseer en abundancia. La imaginación es la capacidad de crear y jugar con imágenes en la mente o en el papel: es despertar al niño en el adulto. Esto equivale a pensar en el uso de imágenes visuales sin ningún tipo de inhibiciones o ideas preconcebidas. Teóricos como Einstein atribuyen el origen de sus ideas a ser capaces de jugar con imágenes mentales y hacer experimentos imaginarios (Hart, 1998). A diferencia de otros seres vivos, dice Bronowski (1998), tenemos la facultad de emitir oraciones cognitivas y, por lo tanto, la capacidad de ejercitar conocimiento e imaginación. Opina, además, que el problema central de la conciencia humana radica en su capacidad de imaginar.

También la calidad de nuestra vida (Paul y Elder, 1992) está directamente relacionada con la calidad de nuestro pensamiento. Todos pensamos, claro. De hecho, no lo podemos evitar. Pero eso no implica que nuestro pensamiento sea siempre crítico. La naturaleza ordinaria del pensamiento tiende a ser sesgada, a dejarse llevar por prejuicios o a caer en engaños de los sentidos, a carecer de información suficiente y ser parcial. Es necesario realizar un acto de voluntad y conciencia para hacer un alto y reflexionar sobre nuestro propio pensamiento antes de dejarlo fluir por su cauce habitual para tomar decisiones.

De manera paralela a lo que ocurre con la vida de un deportista, el pensamiento crítico debe ser “auto-dirigido, autodisciplinado, automonitoreado y auto-correctivo” (Paul *et al.*, 1997). Este proceso debe, en general, ser aprendido, de manera individual o con el apoyo y guía de otras personas. Digamos que el pensamiento crítico no es la forma natural de pensar, sino algo que debe ser conformado y guiado, a través de un esfuerzo consciente y voluntario.

El ingrediente vital del pensamiento crítico

Así pues, el pensamiento crítico parecería ser una forma excelente de tener una vida intelectual intensa. Su desarrollo exige la formación de una disciplina, pero al mismo tiempo produce placer y bienestar a quien lo practica. Mejora la vida porque ayuda a tomar decisiones más acertadas, pero también porque impulsa a colocarse en los zapatos del otro, a tratar de comprenderlo antes de juzgarlo.

La herramienta fundamental de nuestro pensamiento es el lenguaje. Pensamos y construimos pensamientos con palabras. Por ejemplo, Fisher (2011) define al pensamiento crítico como la “interpretación y evaluación, de manera hábil y activa, de observaciones y comunicaciones, información y argumentación”.

Si revisamos los elementos de esta definición podemos ubicar que las *observaciones* se refieren a todo aquello que percibimos a través de los sentidos, aunque bien sabemos que los sentidos son engañosos y sesgados (precisamente por ello requieren del filtro del pensamiento crítico). Pueden incluir, entonces, sonidos, imágenes, videos, animaciones, textos, movimientos, actitudes e infinidad de elementos más. Las *comunicaciones*, que también percibimos a través de los sentidos, tal vez privilegian hoy en día a la imagen en movimiento (Sartori, 2012) que observamos en televisión, YouTube, Facebook y otros medios. Sin embargo, gran parte de la comunicación que requiere reflexión se basa en palabras, orales o escritas.

Por otro lado, la *información* se refiere básicamente a hechos y datos, que pueden expresarse de formas diversas, pero en ellos suele predominar la

palabra. También podemos encontrar información en otros medios, pero aun en esta época los llamados *nativos digitales* hacen la mayoría de sus búsquedas de información a través de palabras en el buscador de internet. De la misma forma, gran parte de la información que deben seleccionar, discriminar, categorizar y utilizar está construida con el lenguaje.

Por último, la *argumentación*, sin lugar a duda, exige fluidez en el manejo del lenguaje, de las palabras que lo conforman y de sus reglas de construcción. Esta fluidez es indispensable para evaluar evidencias y llegar a conclusiones sensatas a partir de ellas (Bensley *et al.*, 2010). Saber argumentar y juzgar argumentos implica muchas habilidades de pensamiento de orden superior. Una de ellas es la capacidad de usar las palabras de manera adecuada, otra es la capacidad de presentar las ideas organizadas en una estructura coherente (Hart, 1998).

En este sentido, podemos notar que el buen manejo del lenguaje es sustancial para el pensamiento crítico y, por tanto, para tener una vida intelectual intensa. Las palabras parecen ser esenciales, aunque hay quienes abogan por experiencias de pensamiento sin palabras (Bermúdez, 2003; Nelsen, 1993). Pero podemos suponer que la gran mayoría de nuestros pensamientos, sobre todo los de orden superior, involucran al lenguaje.

El lenguaje, por supuesto, es mucho más que una mera colección de palabras. Conocer el lenguaje implica conocer sus reglas (gramática), sus significados (semántica), su forma (morfología), su estructura (sintaxis) y su contexto. También incluye la posibilidad de contar con un vocabulario amplio que permita al joven pensador expresarse con precisión y comprender con claridad. Esto último es casi imposible si no se es un asiduo lector de novelas, pues el relato escrito es pródigo en palabras (sustantivos, adjetivos, verbos, adverbios) que no suelen usarse en una conversación, en un programa de televisión o una película, ya que las imágenes obvian tener que describir los escenarios, situaciones o estados de ánimo que en el relato escrito son imprescindibles.

También son deseables habilidades de búsqueda de significados, conceptos y contextos. El lenguaje,

decía el Principito, puede ser “fuente de malentendidos” (De Saint-Exupéry, 2003). Muchas de las discusiones y los desencuentros entre las personas se derivan de problemas con el lenguaje. A decir de Octavio Paz en algún sitio, sólo quien sabe lo que las palabras dicen y lo que las palabras callan puede entender la poesía... y el pensamiento crítico, agregamos nosotros.

¿Cómo manejan el lenguaje nuestros jóvenes actuales? ¿Qué tanto respeto tienen por las palabras y la buena expresión? ¿Qué tanto les importa distinguir un buen argumento de uno deficiente? ¿En qué medida han advertido la importancia del lenguaje para construir su pensamiento crítico? ¿Les interesa o les gusta aprender palabras nuevas en su propio idioma? ¿Les inquieta no saber el significado de una palabra? ¿Entienden y disfrutan los juegos de palabras?

Preguntas retóricas que no vamos a responder aquí. Más que hacer acusaciones inculpativas inútiles o caer en reflexiones depresivas y autocomplacientes, nos interesa dialogar un poco sobre este tema, resaltar su importancia en la vida cotidiana y hacer algunas propuestas para incidir en este ámbito. No se trata de flagelarnos y reiterar que nuestros tiempos fueron mejores. Vivimos los tiempos que vivimos y nuestros alumnos son los jóvenes actuales, así como los recibimos en las aulas: siempre llenos de entusiasmo y energía contagiosos, siempre dispuestos a aprender lo que les parezca valioso y atractivo.

Cómo pasar del güey al buen camino

El Diccionario de la Real Academia (2013) acepta el vocablo “güey”, procedente de México, como “persona tonta”. Tal vez este hecho no sea muy conocido entre los jóvenes que hoy en día han vinculado estrechamente esta expresión a su lenguaje cotidiano. Se ha convertido en una muletilla ubicua y permanente, como toda muletilla que se respeta. Tal vez para la mayoría de quienes la usan carece de un significado específico, es sólo una forma de hablar. Las oraciones parecen incompletas sin este pequeño “adorno” al final.

Sin embargo, el pensamiento crítico nos obliga a ponerle atención a cada palabra y sobre todo a

una que aparece con tanta frecuencia. ¿Significa su abundancia que realmente la mayor parte de nuestros jóvenes mexicanos sean “personas tontas”? Seguramente no. ¿Implica una muestra de desprecio o maltrato hacia aquel con quien se habla? Probablemente tampoco. Podemos observar que se usa entre buenos amigos e incluso las chicas más lindas y pulcras se dirigen de esta forma a sus mejores amigas, convirtiendo la palabrita en unisex. Tal vez el uso reiterado ha gastado tanto estas cuatro letras que más bien ya no dicen nada. ¿Quiénes usan esta palabra son conscientes de su significado o sólo repiten lo que escuchan de otros? ¿El uso de este vocablo es más bien una forma de encajar en el grupo y ser socialmente aceptado?

Tampoco vamos a responder a estas preguntas que bien podrían dar pie a algún trabajo de investigación. Son sólo un pretexto para resaltar el hecho de que el lenguaje, instrumento esencial del pensamiento, parece poco valorado por la juventud actual. Sin embargo, estos mismos jóvenes deben hacer lo necesario para intensificar su vida intelectual, lo cual incluye el manejo habilidoso y sensato del lenguaje. Hacerlo, además de incrementar sus probabilidades de tener una vejez sana y plena, también les servirá para tener una vida mejor.

¿Cuáles son los gimnasios del lenguaje? ¿A dónde deben acudir las personas desde su adolescencia para ejercitarse y hacerse de un cuerpo cerebral firme y atractivo, con músculos neuronales elásticos y tonificados? ¿Cuáles son los mejores aparatos para desarrollar fuerza y flexibilidad en el manejo de las palabras? Seguramente entre los mejores están la *lectura* y la *escritura*, aunque no son los únicos. También contribuye a este ejercicio la participación en conversaciones interesantes, ver buenas películas y acudir a museos, entre otras cosas.

Quien practica con sistematicidad la lectura y la escritura se apropia de armas muy útiles para desarrollar su conciencia y su independencia intelectual, además de mejorar su calidad de vida. En muchas situaciones reales puede defenderse mejor aquel que es más hábil para manejar el lenguaje, aquel que puede leer bien y pronto una serie de documentos

y aquel que es capaz de escribir un documento de manera eficaz.

Lectura y escritura son más un *arte* (Fairbairn y Winch, 2011) que un hábito, como tiende a llamárseles el sistema educativo. Un hábito es algo que debe incorporarse a la vida de manera automática y casi inconsciente, porque es benéfico por alguna razón, sin ser especialmente agradable. Por ejemplo, lavarnos los dientes después de cada comida o colocarnos el cinturón de seguridad en el auto. En cambio, leer y escribir no son acciones mecánicas, al contrario: exigen una gran conciencia y son extremadamente placenteras para muchas personas.

Quienes disfrutan con pasión de la lectura o la escritura saben que este goce es intransferible. No tiene sentido tratar de “crear el hábito de la lectura”. Es como pensar que vamos a crear en los jóvenes el hábito de disfrutar la música. A quienes les gusta, prácticamente no los podremos arrancar de ella. Lo que podemos hacer es acercar estos goces, como tales, a los jóvenes, y permitirles conocerlos, curiosarlos, saborearlos, con la expectativa de que al menos algunos de ellos muerdan el anzuelo y se enganchen para toda la vida.

Conclusiones

Dice Felipe Garrido (1999) que “el buen lector se hace, no nace”. Así como un buen deportista puede nacer con cualidades y aptitudes que favorecen su desarrollo, también requiere cultivar habilidades y actitudes para cristalizar un futuro exitoso. Lo mismo puede decirse de un buen lector o escritor.

Con un poco de disciplina e interés y con la guía apropiada cualquier persona puede aprender a realizar bien casi cualquier actividad. En principio, una función específica de la educación formal debería ser precisamente la de formar lectores y escritores. Todos los seres humanos deberíamos contar con la posibilidad de leer y escribir de manera digna y eficiente cada vez que necesitemos hacerlo.

Sin duda, el pensamiento crítico es una habilidad de orden superior deseable para todas las personas. Este tipo de pensamiento nos permite transitar mejor por la vida y ser más felices al tomar mejores

decisiones, así como ser más comprensivos y más sabios. Y como regalo adicional, tendremos menos posibilidades de sufrir de Alzheimer en la vejez.

Por ello es conveniente desarrollar una cultura donde se valore el lenguaje. En principio, el lenguaje de cada persona, con sus limitaciones y sus fallas. Pero también donde se brinden multitud de acercamientos al lenguaje útil, eficaz, inteligente y placentero. Decimos que los jóvenes “ya no leen” pero tal vez no estamos contabilizando los millones de palabras en Twitter, Facebook, Google y Wikipedia, más los mensajes casi permanentes en el teléfono celular. Tal vez los jóvenes leen y escriben hoy más que nunca en otras épocas. El problema, más bien, es la dudosa riqueza semántica y formal de lo que leen.

Hoy en día internet ofrece enormes posibilidades para realizar lecturas de muy alta calidad, con más facilidad y economía que nunca. A quienes somos docentes nos corresponde abrir y acercar estas nuevas opciones a las generaciones que comienzan, porque no son necesariamente obvias para ellos.



REFERENCIAS

- Bensley, D. Alan *et al.* "Teaching and assessing critical thinking skills for argument analysis in psychology". *Teaching of Psychology*, vol. 37, núm. 2 (2010): 91-96.
- Bermúdez, José Luis. *Thinking without Words*. Oxford: Oxford University Press, 2003.
- Bronowski, Jacob. *Los orígenes del conocimiento y la imaginación*. Barcelona: Gedisa, 1998.
- Cornbleth, Catherine. "Critical thinking and cognitive process". *Review of Research in Social Studies Education, 1976-1983*. Ed. William B. Stanley. Washington, DC: National Council for the Social Sciences, 1985.
- De Saint-Exupéry, Antoine. *El Principito*. Quito: La Biblioteca Virtual de la UEB, 2003.
- Ennis, Robert. "Critical thinking across the curriculum". *Inquiry: Critical Thinking Across the Disciplines*, vol. 26, núm. 2 (2013): 5-19.
- Fairbairn, Gavin J., y Christopher Winch. *Reading, Writing And Reasoning: A Guide for Students*. Inglaterra: McGraw-Hill, 2011.
- Fisher, Alec. *Critical Thinking: An Introduction*. Cambridge: Cambridge University Press, 2011.
- Garrido, Felipe. *El buen lector se hace, no nace. Reflexiones sobre lectura y formación de lectores*. México: Ariel, 1999.
- Hart, Chris. *Doing a Literature Review: Releasing the Social Science Research Imagination*. Londres: Sage Publications, 1998.
- Nelsen, R. B. (1993). *Proofs without words: Exercises in visual thinking*. MAA.
- Paul, Richard. "Critical thinking: What, why, and how". *New Directions for Community Colleges*, núm. 77 (1992): 3-24.
- Paul, Richard, Linda Elder, y Ted Bartell. "A brief history of the idea of critical thinking". *The Critical Thinking Community*, 1997 (consulta: 8 de noviembre de 2008) <<http://www.criticalthinking.org/aboutCT/briefHistoryCT.cfm>>
- Real Academia Española. "güey" (consulta: 13 de noviembre de 2013) <<http://lema.rae.es/drae/?val=g%C3%BCey>>.
- Sartori, Giovanni. *Homo videns*. México: Santillana, 2012.
- Snowdon, David A., y J. Roberts. *The Nun Study*. National Institutes of Health, 1997.
- Ziman, John M. *El conocimiento público: Un ensayo sobre la dimensión social de la ciencia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1980.

AGRADECIMIENTO

Parte de este trabajo fue patrocinado por el proyecto PAPIME PE 300713 de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico de la Universidad Nacional Autónoma de México: "Vientos de cambio: Estrategias y buenas prácticas para el uso de ambientes virtuales en la educación superior".

RECOMENDACIONES DE APLICACIÓN EN EL AULA

No podemos transferir a nadie el placer de la lectura, pero sí podemos mostrar que existen sitios electrónicos como el Proyecto Gutenberg, donde se encuentran a disposición, libres y gratuitos, casi todos los libros clásicos de literatura, en diversos idiomas. Como ya han prescrito sus derechos de autor, esta distribución abierta es completamente ética y legal. Además, es posible almacenar toda una biblioteca en el teléfono celular y sumergirse en la lectura durante el transporte colectivo o en la sala de espera del dentista.

Otro tesoro para ejercitar el intelecto es Google Académico, donde encontramos con facilidad la mejor literatura científica de todo el mundo, vigente, relevante y de impacto. Con sólo saber realizar una búsqueda apropiada podremos descubrir multitud de artículos de investigación y artículos de revisión, en formato PDF, a la distancia de un solo clic. A diferencia de Google, en este sitio sólo tendremos como resultados documentos académicos.

También resulta maravilloso el sitio Microsoft Academic Search, que permite hacer análisis visuales y atractivos de lo que se ha escrito en diversos campos del conocimiento. Permite al alumno descubrir quiénes son los autores líderes por área y por las fechas más recientes.

Otro espacio valioso es Eigenfactor, en donde se observa el catálogo de las mejores revistas del mundo, ordenadas de acuerdo con su impacto mundial y la influencia de sus artículos. También tiene visualizaciones estadísticas de la investigación científica.

El acervo puede enriquecerse con Google Libros, que nos permite ojear electrónicamente multitud de textos, algunos

de ellos en versiones completas. Además, podemos realizar búsquedas específicas al interior de los libros, lo cual es casi imposible en las versiones de papel.

Nuestros queridos jóvenes, aunque a veces parecen zombies abstraídos por sus dispositivos tecnológicos de última generación, son sensibles sin duda a la belleza y la inteligencia. Sólo hace falta colocarlas cerca de sus ojos y de sus dedos para revivirlos e incitarlos a despertar su pensamiento crítico.

BIBLIOGRAFÍA SUGERIDA

- Barnet, Sylvan, y Hugo Bedau. *Critical Thinking, Reading, and Writing: A Brief Guide to Argument*. Nueva York: Bedford Books/St. Martin's, 2013.
- Barnet, Sylvan, y Hugo Bedau. *From Critical Thinking to Argument: A Portable Guide*. Nueva York: Bedford/St. Martin's, 2013.
- Barnett, Timothy. *Teaching Argument in the Composition Course: Background Readings*. Nueva York: Bedford/St. Martin's, 2001.
- Brookfield, Stephen D. *Teaching for Critical Thinking: Tools and Techniques to Help Students Question Their Assumptions*. Wiley, 2011.
- Gardner, Peter S. *New Directions: Reading, Writing, and Critical Thinking*. Cambridge: Cambridge University Press, 2005.
- Pirozzi, Richard C. *Critical Reading, Critical Thinking: A Contemporary Issues Approach*. Londres: Longman, 2002.
- Vesterman, William. *Reading and Writing Short Arguments*. Mayfield Pub, 1994.

Recibido: 15 de noviembre de 2013.

Aceptado: 22 de abril de 2014.